

MUSICA

—¿Cuándo es hoy?
—Mañana.

(Diálogo entre Eduardo Mateo y Ana, la del quinto)

1.— ¿EL SUEÑO DEL PIBE? Una primerísima impresión de la reunión Eduardo Mateo-Fernando Cabrera (*): hay una clara relación de padre-hijo, serena y saludable, que fluye con esa transparencia que sólo se evidencia cuando la espontaneidad contagia una propuesta. Y puede advertírsela, por cierto, como uno de los subrayados definitorios del espectáculo. Espontaneidad, entonces, que cohesiona dos puntas generacionales, y lo mejor: la pluralidad del goce y hacer gozar. Lo que viene a significar, pues, que ambos protagonistas deciden fundir —con precisión de alfarero— dos lenguajes y dos maneras de escribir el mundo y la comarca, sin que internamente rechine, en cada individualidad, la necesidad de sobresalir por encima del otro. El recital es dual, pero *único*, impar en su alcance. Y para Fernando Cabrera, me atrevo a afirmar que se cumple puntualmente el sueño del pibe inquieto: celebrar su música junto a un padre de muchos, Eduardo Mateo; el padre desbolado y generosamente creativo que todos deseamos, alguna vez, tener liderando la solemnidad de los almuerzos.

2.— HABLE EL HIJO, ASÍ: "Para mí, esta reunión con Mateo —dice Cabrera— es una etapa de aprendizaje. Te lo digo con la humildad del caso, porque todos sabemos la importancia y la trascendencia que tiene Mateo en la música popular nuestra. Todos, de algún modo, hemos sido influidos por su música. Cuando empezamos a ensayar, sentí inmediatamente el peso de su música. A mí cabeza musical, Mateo le otorga muchísimas cosas. Es impresionante. Y te puedo asegurar que esta reunión no costó ningún trabajo. Enseguida se produjo una especie de liga, de electricidad mutua que abrió paso a la concreción del espectáculo. Pero te repito: ante todo, para mí, es una forma de seguir aprendiendo música".

3.— EL BORDE, EL DESBORDE, EL PRECIO DEL PLACER. A Eduardo Mateo puede rastreárselo, en toda su singularidad, en esa ternura provocadora que canaliza maravillosamente en *Príncipe azul*. Pero Mateo, muy a pesar de su honrada creativa —que no asume o desconoce— como cantautor, sigue siendo un *outsider*. Lo es en el sentido de margen, de borde que re-crea su propia ciudad; esto es, la postulación de un universo muy personal sobrecargado de obsesiones que, finalmente, son sus invenciones. Como Charlie Parker, en el código de Julio Cortázar, Eduardo Mateo es un perseguidor alucinado del tiempo, no el de los relojeros o el que se archiva en un video-cassette, sino el que dolorosamente plantea la sensación de infinitud, y por supuesto, de no adherencia a algo material como el tedioso ritmo de un tic-tac. Son obsesiones metafísicas tan viejas y nuevas como las del Heráclito y sus ríos. "El infinito ataca, pero una nube salva", dijo, exorcizándose, René Char. El exorcismo de Mateo, hundido frontalmente en su *máquina del tiempo*, es escribir canciones, no para el prestigio personal, sino para que el viento se las lleve y declare sus amores. Canciones que, en esta oportunidad, recalaron en la rentabilidad austera de un escenario para el asombro de una sala colmada.

Y es allí, cuando aterriza a nivel de suelo, donde se produce el desborde: la necesidad legítima de comunicarse, en Mateo, con sus otros, el *prójimo próximo*, lo lleva a confesarse sin ningún tipo de prejuicios. Su actitud provoca la carcajada o el codazo cómplice o el *qué está diciendo este delirante*, pero sus monólogos definen la presencia desgarradora de un hombre indefenso y vulnerable a sus obsesiones. Esos monólogos entrecortados, donde el

Recital de
Eduardo Mateo-
Fernando Cabrera

Música mayor

tiempo hace sus impotencias, son la antesala a una música mayor.

Borde y desborde, entonces, para la detonación del placer mayúsculo que conlleva un severo precio: la marginalidad dentro del *ghetto* cultural y la imposibilidad de registrar un disco con sus melodías memorables. Aunque, en fin, Mateo solo bien se lame.

4.— EL PADRE, CARGANDO EQUIPOS, SE CONFIESA: "Poder tocar con Fernando, qué te puedo decir, es un orgullo. Yo me siento muy bien y hasta feliz —agrega Mateo— de compartir la música con Fernando. Tocar aquí es algo así como la libertad. ¿Te parece poco?". Es cierto: el espectáculo genera una sensación de libertad inigualable, de armonía sacudidora, y de diálogos, entre ambos protagonistas, que ejercen la voluntad de soldar el idioma de dos generaciones distantes. Mateo es arrollador; Cabrera mide sus frases, piensa en el público y en sus reacciones, pero en definitiva se deja arrastrar por el carisma irrepresible de su compañero. Dice Cabrera, confesándose en público: "como siempre, no sé qué decir". Mateo ríe como un príncipe azul.

5.— LAS CANCIONES EX-

PLICAN EL NO SE QUE "Yo vivo pensando que no volverás vivo pensando que un día vendrás", repite obsesiva, descarnadamente Fernando Cabrera. Las canciones, o el poema, no necesitan una explicación o una justificación a priori. Ocupan el aire, lo adjetivizan o lo metaforizan y dicen, en este caso, sus humores y sus dolores. Las canciones más nuevas de Cabrera, que continúan temáticamente a *El tablado de Colombres*, *Llanto de mujer* o *Informe sobre Valeria*, están empapadas de desamor. Se estructuran en forma de balada —una veta constante en Cabrera—, con un estribillo que remarca la conceptualidad del texto, y se vuelven vertebralmente refinadas en su nervadura arreglistica. De esa manera el texto —o los textos— adquiere un privilegio esencial y también testimonial, que se potencia con una melodía precisa y ajustada. Si en Mateo hay un derroche de sensualidad, en Cabrera existe la minuciosidad, el zurcido al detalle, sin excesos, para una propuesta global que poéticamente es contundentes. El amor ha dejado sus marcas en Cabrera, y su exorcismo, su asesinar demonios, como en Mateo, es también hacerlo público a través de la

maravilla de la canción. Y este Cabrera, sin banda eléctrica que lo acompañe, ha cobrado mayor profundidad. Uno se pregunta, más tarde, el porqué de esta elección.

6.— PÚBLICO DESHAUCIADO, PÚBLICO NUEVO: "Hay, en primera instancia, una razón económica —dice Cabrera—. "Se está haciendo muy difícil poder bancar a un grupo. Necesitas, para eso, por lo menos unos 40 mil pesos. ¿Te das cuenta? Y yo pienso que la situación económica en contra que padecemos, va a incidir decisivamente en los espectáculos, particularmente en los de rock. Además, creo que el público está buscando otro tipo de cosas. ¿Sabés cuánto perdió el empresario que trajo a Los Violadores al Franzi? 20.000 dólares perdió. Y esto no quiere decir que exista falta de interés en la gente. El interés está, pero apunta a otro lado. Ahí me da cuenta que había que cambiar la onda. Fijar la atención en aquel viejo público de Los que iban cantando, que estaba como deshauciado, que no se banca las demoras de los recitales de rock o el sentirse apretujado, qué sé yo; es un público, digamos, que le gusta ir a una boletería a sacar entrada y sentarse en una butaca para participar, y si es posible, disfrutar de un espectáculo. En definitiva, siento esto como una necesidad de volver a los teatros, a las salas pequeñas. A lo mejor me equivoco, pero creo que la cosa va por ahí".

7.— TALENTO ES IGUAL ARMONIA Eduardo Mateo, como ya dije, es el padre desbolado, la ternura de *Príncipe azul* o asimismo el individuo manipulado por sus obsesiones últimas, que poco le importa la sensación de triunfo en la marejada del arte occidental y cristiano. Musicalmente Mateo es la imagen más descollante de la sensualidad. Característica que tiñe a toda su obra, y contrariamente a Cabrera, en forma excesiva, pero afinada y sugestiva. Si *disciplina* o *rigor* son conductas insoslayables en la labor creativa de Cabrera, en Mateo —uno supone, pues— se vehiculiza la *indisciplina*. Por lo tanto, su propuesta jamás será contenida u oscura, sino medularmente libre de flecos, de reparos o de reflexiones. Mateo parece cruzar siempre con luz roja, y es esa razón y no otra, la que lo coloca como un adelantado del que maman, justificadamente, los que vienen detrás, es decir, sus hijos. Y si su propuesta no se desbarranca, es por esa cuestión —instintiva, del alma— que llamamos *armonía*. Su música maneja una paleta de colores múltiples, y es de esa forma, que logra momentos mayores como *El tartamudo*, *Lo dedo negro* o la entrañable *La mamá vieja*. La música de Mateo hace flotar y hasta relajarse totalmente de las tensiones y las intenciones.

8.— EL SUSURRO HACE LA REALIDAD del espectáculo en cuestión. Esa fue la apuesta de ambos compositores de manera intencional. El grupo de canciones se fue emitiendo desde la austeridad y desde el susurro, hilito de voz —particularmente en Cabrera— que en su despegue, en su limpio decir, abarca una intensidad arrebatadora. Se podría hablar, al fin de cuentas, de la estupenda versión de *Autoblues* (Cabrera), del espléndido texto de *Canción para renacer* (Mateo), y de otras particularidades, como la exacta contraposición de guitarras o la labor sustantiva y rica de Mateo en percusión. Digamos que el viento en la cara de esas canciones proponen, en definitiva, y con su diversidad de matices, la alegría del desahogo. En fin, música mayor de un padre avasallante y un hijo muy pero muy aplicado. Un 10 en 10 en composición, interpretación y mala conducta.

Raúl Forlán Lamarque

(*) Teatro de la Candela, sábado 28. El espectáculo se repite este sábado a las 23.30 hs.

